

ESCUELA DE SANTIDAD
Por Alvaro Torres Fajardo, c. j.m.

"Como responsables solidarios de una misma tarea apostólica, los eudistas se obligan a la vida comunitaria y quieren vivirla como hermanos, a fin de que su comunidad sea `una escuela de santidad para todos los que a ella llegan' " (Const. de la CJM N° 35).

Se atribuye a Soeren Kierkegaard haber dicho alguna vez: *"No merece la pena recordar ese pasado que no puede hacerse presente"* (citado por J. Blenkinsopp. El Pentateuco. Verbo divino. Estella 1999 Pg. 293). Con gozo bien merecido estamos celebrando los 400 años del nacimiento de un hombre que ha entrado hondamente en nuestra vida, Juan Eudes. Y no solamente hacemos un viaje nostálgico a tiempos idos sino que queremos hacerlo presente en nuestra Iglesia. Se me ha pedido hacer esta experiencia a través de un aspecto de su pensamiento y de su vida: la escuela de la santidad.

Un maestro es acreditado cuando su enseñanza produce frutos. San Juan Eudes, maestro de santidad, que establece sus comunidades como escuelas donde se enseña, se aprende y se ejercita la virtud, acredita su enseñanza con el testimonio de su vida santa. El fue el primer alumno de su propia escuela y aprobó con creces su aprendizaje.

Los invito a entrar detalladamente en su experiencia escolar. Exploremos las estructuras subyacentes que se encubren en esa realidad que llamamos escuela y descubramos el camino que nos señala nuestro santo fundador.

Oigamos al mismo san Juan Eudes. En la corta introducción a la tercera parte de las Constituciones, que él entregó a la Congregación en 1658, y en la que desarrolla el tema de las virtudes, señala un ideal: "Cada familia o comunidad de la Congregación debe ser imagen viva de la santa familia y divina comunidad de Jesús, María y José. Por consiguiente todas las virtudes que en grado supremo reinaban en esta sagrada familia deben practicarse en ellas. Y lo harán con tal perfección que cada casa sea una escuela de virtud y santidad para cuantos ingresen en ella" (OC IX, p. 174).

Preguntémosnos qué elementos comporta una escuela:

PRIMERO : UN FUNDADOR

¿Quién abrió la primera y única escuela de santidad en el mundo y en la historia? Seguramente nuestro Padre Dios. La escuela que nos propone san Juan Eudes no hace más que dar visibilidad a esa gran escuela de Dios. Nos movemos en dos planos: como telón de fondo, la escuela de Dios; y la escuela inmediata, la de Juan Eudes, la que exploramos hoy, como legado de familia.

Al abrirse el mundo con la creación y al aparecer el hombre ya Dios le fija el objetivo fundamental. Lo expresa así san Juan Eudes: "llevar la imagen y semejanza de su Creador" (Gn 1, 26; OC VII, 226). Y nos recuerda que el reto mayor que el hombre haya escuchado en sus días terrenos es éste: "Sean santos porque yo soy santo" (Lv 11, 44; 19, 2). "Sean perfectos como es perfecto el Padre celestial" (Mt 5, 48). "Sean misericordiosos como es misericordioso el Padre Dios" (Lc 6, 36). "Sean imitadores de Dios como sus hijos muy queridos" (Ef 5, 1). Juan Eudes llama a Dios, el prototipo de esta escuela, por ser su fundador y lo presenta como tal. (OC 2, 153). Pone en boca del mismo Padre Dios estas palabras: "Esta es la voluntad de Dios: que sean santos" (1 Ts 4, 3). Por su divino querer establece las metas y fija los propósitos. Esta es la gran Voluntad de Dios. Y nos revela su designio creador: "Dios nos eligió para que fuésemos consagrados e irreprochables ante él por el amor" (Ef 1, 4) (OC 6, 386.388).

El fundador de la escuela no sólo fija los propósitos sino que asume compromisos. Dice el Padre Eudes: "El Padre eterno les ha hecho el honor de recibirlos en su compañía. Considera a cada uno como a hijo, como a parte de su Hijo único. Se ha obligado a mirarlos con la misma mirada, los ama con el mismo corazón, los trata con el mismo afecto con que él mira, ama y trata a su Hijo...

Deposita en cada uno su favor y su poder; los enriquece con la fe que es regalo inestimable, la esperanza que es tesoro invaluable, el amor que es fuente de todo bien. Los enriquece con todas las demás virtudes, y añade los dones y frutos del Espíritu Santo. Aun más, en su Hijo y en su Espíritu, se entrega a cada uno y ha querido venir a habitar en medio de ustedes... Sus ojos no cesan de contemplarlos, su espíritu está de continuo ocupado en pensar en ustedes, su corazón no deja un momento de amarlos, su poder y su sabiduría sin cesar los protegen y conducen" (OC II, 212-214). Así pues, al abrir esta escuela donde se enseña y se ejercita la santidad, Dios Padre nos brinda acogida, fortaleza, cariño, compañía, protección y presencia divina. En esa escuela empieza el curso: "Todos los hijos serán enseñados por Dios" (Jo 6, 45). Juan Eudes llamó "escuela de Dios" el aprendizaje de esta sabiduría que es la ciencia de Dios

Padre. "No tiene él otra ciencia que la de su Verbo y esa se aprende en la escuela de Dios" (OC IX, 332).

SEGUNDO : UN MAESTRO, JESUS, EL CRISTO

El se apropia esta misión "No se dejen llamar maestro porque uno solo es su maestro" (Mt 23, 8). Y escucha la voz suplicante del que toca en la noche a la puerta de su escuela, Nicodemo: "Maestro, sabemos que Dios te ha enviado para enseñarnos". Y nos invita a un aprendizaje exigente: "Aprendan de mí que soy sencillo y humilde de corazón y encontrarán descanso para sus vidas" (Mt 11, 29).

San Juan Eudes nos lleva de la mano a la escuela de Jesús, Maestro y Señor. Al abrir las Reglas Latinas, normas fundamentales de la Congregación, nos dice: "Que todos los que han sido llamados a esta Congregación y desean alcanzar su objetivo, escuchen a Jesús, su fundador y superior, que les fija estas normas y les habla así: Yo soy Jesús, su padre. Escuchen, hijos, mi enseñanza" (OC, IX, 69, Regla del Señor Jesús, cp. III). La primera clase de Jesús tiene por tema el Padre de los cielos: "Padre, yo te he dado a conocer a aquellos que tú me diste... Ellos han puesto en práctica tu enseñanza. Han llegado a comprender que todo lo que me diste viene de ti" (Jo 17, 5-6). Juan Eudes aprendió bien esta lección inicial. La primera página de los Coloquios interiores es contemplación de la Trinidad, de Dios en sí mismo, de los favores con que desde toda la eternidad nos ha colmado. "Me pensó, me miró con ojos de misericordia, me amó con ternura, creó el mundo y lo conserva por amor de mí" (OC II, 135).

También hay que conocer a Jesús, el Cristo. "Los que llevan el nombre de Jesús no están en este mundo sino para conocer y amar a este mismo Jesús, su vida y sus misterios. No pueden tener verdadera vida sino en este amor y en este conocimiento según estas palabras: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo" Jo 17, 3. (OC I, 315). En esta escuela no sólo se aprenden doctrinas sobre Jesús. Aquí ante todo se vive su vida. Es un conocimiento dinámico que asimila a la persona de Jesús. Aprender a adherirse a Jesús como los miembros a su cabeza... a revestirse de Cristo y ser portadores de su imagen... a permanecer en Cristo y dar fruto en él... en una palabra: a vivir con Cristo, para Cristo, de Cristo, bebiendo de su propia vida. Se aprende a ser actuado por el Espíritu de Jesús y a hacerlo todo en el nombre de Jesús y movidos por su Espíritu (Regla del Señor Jesús, cp. III).

Jesús es un Maestro que no sólo imparte una enseñanza sino que se da al discípulo.

Incansablemente nos dirá san Juan Eudes que ser cristiano es llevar la vida de Jesús en nosotros. No es un Maestro sólo para contemplar sino para hacer presente en la propia vida. El verdadero Maestro es aquel con quien el discípulo se asimila. Llega a parecerse a él (OC I, 9. 15.16. 91. 271...) Al alimentarse con la Eucaristía Jesús quiere que su discípulo "lleve una vida tan santa que sea retrato vivo e imagen perfecta de él" (OC II, 216).

TERCERO : UN FORMADOR, EL ESPIRITU SANTO

Esta escuela se propone hacernos conformes con la imagen del Hijo para llegar a la santidad. Sólo Dios mismo puede modelarnos conforme a la imagen de su Hijo (Ga 4, 19; Ro 8, 29). Es la obra del Espíritu Santo en especial. Nos dice san Juan Eudes: "El Espíritu Santo viene a nosotros en nuestro bautismo para formar en nosotros a Jesucristo y para incorporarnos a él. Para hacernos nacer y vivir en él, para aplicarnos los frutos de su sangre y de su muerte. Para animarnos, inspirarnos, movernos y conducirnos en nuestros pensamientos, palabras, acciones y padecimientos, de modo que sean dignos de Jesús, y sólo para Dios. Hasta el punto de que no podemos pronunciar como conviene el santo nombre de Jesús, ni tener un buen pensamiento sino gracias al Espíritu Santo" (1 Co 12, 3) (OC II, 169ss.).

Y agrega: "La formación de Jesús en nosotros, misterio por excelencia y tarea suprema... es la acción más noble del Espíritu Santo, que lo formó en las entrañas benditas de la Virgen" (OC I, 505-518). Como formador nos ha sido dado para ser "nuestro espíritu y corazón, nuestra luz y amor, nuestra fortaleza y consuelo" (OC III, 292). "Nos fue dado para que sea el espíritu de nuestro espíritu, el corazón de nuestro corazón, el alma de nuestra alma, para que esté siempre con nosotros y dentro de nosotros" (OC II, 172). Ante su formador, el discípulo debe ser dócil. Encarece san Juan Eudes esta docilidad a la acción del Espíritu. Nos pide: "Ofrecernos al Espíritu Santo y suplicarle que extinga en nosotros todo espíritu mundano y nos conduzca según su beneplácito" (OC III, 292). Y Juan Eudes nos inculca: "Todas estas disposiciones no se encuentran en los libros. Las aprenderán en la escuela del Espíritu de Dios" (OC IV, 147).

CUARTO : UN ACOMPAÑANTE

Se acostumbra en la educación que un alumno aventajado, avezado en el conocimiento de la materia, auxilie al Maestro y acompañe a los principiantes. Se llama bedel, o monitor, o repetidor... Lo llamamos aquí acompañante. Y en esta escuela ese alumno

es Juan Eudes. Fue no sólo un teórico de la santidad sino que recorrió desde muy temprano los caminos de la perfección. Se aplicó cuanto escribió sobre la obligación de tender a la santidad. ¿Quiénes están obligados a ser santos ? No sólo los que hacen votos y profesan en los monasterios. "Todo el que ha sido bautizado está obligado a ser santo". Y abunda en razones: las relaciones con la Trinidad, por pertenecer a una familia de santos: la Iglesia, por María... Por los medios de que dispone. "Por ser instruido en una escuela santa" (OC VI, 387-388).

Y se pregunta, finalmente, en qué consiste la santidad. Responde: "Primero: separación y alejamiento del pecado. Segundo: renuncia de sí mismo y de todo lo que no es Dios. Tercero: Unión muy estrecha con Dios, mediante la gracia santificante, la fe, el amor y la práctica de las demás virtudes" (OC V, 379).

Vivió a fondo sus compromisos bautismales. Sabía que allí reside la raíz de lo que somos. Hizo de su bautismo, su consagración, su voto de Jesucristo. Vivió igualmente de manera intensa su ser de sacerdote. Decía que el sacerdote es otro Cristo en la tierra, y vivió esa experiencia sin traicionarla. Amó y llevó la cruz purificadora de Cristo. Escribió un Contrato de santa alianza con María, lleno de ternura y devoción.

Como buen pedagogo, fue llevando de la mano a los hermanos inexpertos en el camino de la santidad. Escribió para ellos, les habló en conferencias y charlas que sólo en parte nos han llegado. Exhortó de manera especial a los sacerdotes y les encareció llevar una vida íntegra y santa.

Muy al comienzo de su vida (1637) pudo escribir: "Jesús, me abandono totalmente a tu divino poder y a tu santo amor. Arráncame de mí mismo y atráeme y escóndeme dentro de ti para que no viva, ni hable, ni actúe sino en ti, por ti y para ti" (OC I, 444). Y al llegar al ocaso de la vida, en su testamento, expresó: "De todo corazón me doy al amor infinito por el que mi Salvador murió en la cruz por mí y por todos los hombres. Unido a ese amor acepto la muerte en el tiempo, lugar y manera que le plazca enviármela... Que por su Corazón adorable, que estalló de dolor en la cruz... me conceda la gracia de morir en su amor, por su amor y para su amor" (OC XII, 169; Obras Escogidas pg. 679).

QUINTO : MODELOS, MARIA Y LOS SANTOS Y SANTAS

Son hermanos y hermanas mayores que pasaron por esta escuela y nos trazaron el camino para aprovechar en ella. Sus imágenes nos acompañan.

María. Si la obra fundamental que se aprende en esta escuela es la formación de Jesús en nosotros, María es el modelo acabado de esa formación. "Es con Jesús, en todos los estados de su vida, modelo y norma de nuestra vida" (OC V, 33. 68). En ella Dios, el Padre y el Espíritu formaron a Jesús, primero en su corazón y luego en sus entrañas benditas: "Ella lo concibió en su corazón antes de concebirlo en su seno. Por nueve meses lo llevó en su vientre, pero lo llevó y lo llevará por toda la eternidad en su corazón"(OC VIII, 125). "Y María no ha hecho ni hará nunca nada más digno que cuando cooperó en la divina y maravillosa formación de Jesús en ella" (OC I, 272). Juan Eudes la llamó ejemplar de todas las virtudes y nos pidió imitarla "especialmente en su humildad, su puro amor, su desprendimiento de todo, su pureza totalmente divina (OC I, 339). Y algo que cae perfectamente a nuestro caso: "La vida de María es una ilustre *escuela de santidad* y excelente norma de perfección para toda clase de personas" (OC V, 416).

"¿Quieres hacerte discípulo de esta Maestra divina? ¿Deseas conformar tu vida y tus costumbres con las de esta gloriosa María? Esfuérzate por caminar tras sus huellas mediante una imitación fiel y detallada" (OC V, 416). Y como invitación final: "El Corazón de María es el ejemplar y el modelo de los corazones. La completa felicidad, perfección, y gloria de nuestros corazones está en hacerlos imágenes vivas del santo Corazón de María, así como este santo Corazón es retrato perfecto del adorable Corazón de Jesús" (OC VIII, 109).

María no es sólo modelo. También es maestra en esta escuela. Su hijo, Jesús, la asocia en este papel docente. Al elaborar las Reglas Latinas, san Juan Eudes reservó a María este encargo. Encabeza este texto con estas palabras: "Regla de María santísima, madre de Dios. En ella se enseñan las virtudes que deben practicar los sacerdotes y los candidatos al sacerdocio, en su calidad de cristianos y de sacerdotes. Yo soy la Madre del amor, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. Escuchen, hijos míos, las palabras de mi boca, afírmenlas en su corazón como cimiento de salvación y de santidad. Ustedes me llaman maestra y señora, y están en lo cierto porque eso soy" (OC IX, 109). San Juan Eudes nos invita a "Entrar en la amable escuela" de María, "para aprender allí la ciencia de los santos y de la verdadera sabiduría" (OC V, 191).

Santos y santas: "Durante nuestro tránsito por la tierra Dios nos ha señalado la misma vocación que infundió en los santos patriarcas, los santos profetas, los apóstoles y los Mártires, los santos pastores y sacerdotes y todos los otros santos... Eran hombres como nosotros, hechos de carne y hueso, frágiles como nosotros, expuestos a los mismos

peligros y tentaciones que nosotros... El que los hizo santos tiene un deseo infinito de santificarnos... Propongámonos caminar por la senda de los santos, leer y estudiar su vida, en especial los que tuvieron la misma profesión que nosotros, e imitémoslos" (OC II, 143-144).

San Juan Eudes consideró como alumnos distinguidos de esta escuela a algunos santos: "san José, san Juan Evangelista, a los que escogió por patronos secundarios de su Congregación, a san Joaquín y santa Ana, a los santos sacerdotes y levitas, en particular los apóstoles, los santos mártires, las santas vírgenes, los santos Inocentes, que él llama los santos de la infancia de Jesús..." (OC IX, 177-178).

Esa galería de ejemplares ilustres de esta escuela se ha visto enriquecida con los santos de la familia. Abre el cortejo el mismo san Juan Eudes, y vienen tras él santa Eufrasia, los beatos y beatas de la familia, y tantos otros no beatificados y no canonizados pero igualmente santos y santas. Se formaron y vivieron en esta escuela y allí aprendieron y vivieron la santidad

SEXTO : EL INGRESO A LA ESCUELA

¿Quiénes están llamados a la escuela de Dios ? En primer término todos los hombres y mujeres que han venido al mundo. "Por habernos creado, Dios es nuestro principio, nuestro rey y soberano, y nosotros sus criaturas" (OC 2, 168). Pero hay un momento en que Dios nos inscribe entre sus hijos y nos hace miembros de Jesucristo y templos de su Espíritu: el día de nuestro bautismo. Fecha memorable, el mayor de nuestros días terrenos, que quizás nos pasa desapercibido. Y de una vez señala el camino de la santidad: "Todo bautizado está obligado a ser santo". Y abunda en doce motivos, uno de los cuales viene bien a nuestro caso: "Porque somos instruidos en una escuela santa y hacemos profesión de seguir una ley de santidad"(Leccionario 80. 81).

Al ingresar en la escuela se establece un contrato entre ella y el discípulo. Quiso san Juan Eudes dar al bautismo el carácter de un contrato. El Padre, y Jesús-el Hijo, y el Espíritu se comprometieron a hacernos santos. Nosotros nos comprometimos, en docilidad y colaboración, a llegar a la santidad (OC II, 195-244).

Recibimos en el bautismo un nombre. Al ingresar en esta escuela, "Jesús se ha comprometido a darnos su propio nombre y a comunicarnos las más excelentes cualidades que él mismo recibió , de su Padre: porque así como él es Hijo de Dios, ellos también serán llamados y llegarán a ser en verdad hijos de Dios" (Leccionario

95). El nombre que nos distingue "Es el santísimo nombre de Cristianos" (Leccionario 80). Toda la humanidad está llamada a llevar este nombre.

Y empieza el aprendizaje de la santidad: "Morir a todo lo que no es de Dios, para vivir sólo en Dios con Jesucristo, como hombres que hemos resucitado de la muerte a la vida" (Ro 6, 13). Llamados desde el primer día a "llevar una vida celestial y santa, adornada de todas las virtudes, en ejercicio continuo de adoración y de alabanza"(OC II, 183-184).

Al dar visibilidad a esta escuela de Dios, san Juan Eudes ha fijado días claves en su propia escuela. Para nosotros, los de la Congregación, además del bautismo, el día de nuestra Incorporación ha sido miliar en este caminar. Es el día en que la voluntad de vivir y morir en la Congregación nos ata en compromiso de fidelidad con la comunidad y sus fines: "Recuerden que Dios estableció la Congregación en su Iglesia y por su gracia los llamó a ella para, en primer lugar, darles los medios de alcanzar la perfección y la santidad que requiere el estado eclesiástico" (OC X, 417).

Son momentos en que el bautismo se hace presente en compromisos actualizados. Puede decirse igualmente para todos aquellos y aquellas que siguen las huellas de Juan Eudes dentro de sus propias instituciones. Hay una raíz de donde se nutre todo el aprendizaje de la santidad y ella es el bautismo, como sacramento siempre presente a todo lo largo de la vida. No sólo día que se guarda en la memoria sino dinamismo siempre actuante.

SEPTIMO : LA COMUNIDAD-IGLESIA

Esta es una escuela donde tienen cabida todos los hijos e hijas de Dios. Nadie es rechazado por falta de cupo. Su amplitud desafía todo el ámbito de lo humano, en la historia y en el espacio. Esta Iglesia se hace visible en múltiples formas. Para nosotros reviste el carácter de la familia de Dios donde vivimos. Por caminos diferentes llegamos un día a una casa donde, sin saberlo, ya teníamos hermanos, y a la que seguirían llegando otros hermanos que no conocíamos.

Al fundar la Congregación de Jesús y María, pensó Juan Eudes en la Trinidad divina. "Esta Congregación está dedicada y consagrada en primer lugar a la Trinidad santa. Ella es el origen y el fin de toda la dignidad y santidad del orden sacerdotal así como de todas sus funciones". Luego le dio el carácter cálido de un hogar: "Está dedicada también a la más digna y santa de cuantas comunidades han existido y existirán: la

sagrada comunidad de Jesús, María y José. Ella la contempla y venera como su regla, su ejemplar y su modelo. Se propone expresar en sí la imagen y semejanza de esta sagrada familia" (OC IX, 143).

Por tanto el nacimiento de la Congregación en la Iglesia ha sido querer divino. Sus verdaderos fundadores, Jesús y María (OC IX, 143), nos llaman a ella "para darnos los medios de alcanzar la perfección y la santidad que nos exige el estado eclesiástico" (OC X, 417).

De seguro san Juan Eudes amplió el horizonte de llamados a esta escuela de santidad. Lo fueron las Hermanas de nuestra Señora de Caridad. Les pidió "que el día de su consagración fuera para ellas día de bendición y santificación de cuerpo y alma", y que se entregaran a su misión, movidas por el "puro amor de Dios y su gloria", "empleándose de todo su corazón, mediante el ejemplo de una vida santa y el fervor de su oración... a la conversión de las almas caídas en pecado" (OC X, 74 y 80).

Y fue más allá. Anticipándose a los tiempos, pero recogiendo la universal llamada a la santidad que pide el evangelio, abrió posibilidades a mujeres, solteras o viudas, para que, en la Sociedad del santísimo Corazón de la Madre admirable, abierta a personas comprometidas en la vida seglar, vinieran a "glorificar a los divinos Corazones de Jesús y María... esforzándose por hacerlos vivir y reinar en su propio corazón, mediante la imitación asidua de sus virtudes, y trabajando en la salvación de las almas mediante la propagación del amor y culto de estos Sagrados Corazones. Que practicaran, dentro de sus posibilidades las obras de caridad y de misericordia, atrayendo por su oración, gracias copiosas sobre los sacerdotes y los obreros evangélicos" (OC VIII, 597).

Abrió espacio igualmente a hombres y mujeres dentro del estado matrimonial, y también a los célibes, para que hicieran la experiencia de la santidad siguiendo el camino que él les indicaba. Recordamos sólo algunos nombres: Juan de Bernieres, el barón de Renty, los esposos de Camilly, María de Vallées. Recordó a todos ellos la palabra de san Pablo: "Esta es la voluntad de Dios, que sean santos" (1 Ts 4, 3). "Esto no se dijo sólo para los que viven en claustros y monasterios" (OC VI, 386).

OCTAVO: EL CONTENIDO

Vamos a una escuela a aprender una ciencia definida. En esta escuela de santidad, que es la comunidad, ¿qué se nos enseña? La ciencia de Dios y el sublime conocimiento del misterio de Jesucristo en toda su amplitud. Hay una ciencia imponderable, "la de

los cristianos, verdadera sabiduría, permanente y eterna (1 Co 13, 8: Scientia destruetur), la que da la vida y la felicidad perpetua (Jo 17, 3), fuente de la humildad y demás virtudes, madre de toda verdad que jamás induce al error, la verdadera ciencia de Dios y de los hijos de Dios, pues no tiene Dios otra ciencia que su Verbo y su Hijo único, Jesucristo, el que es su plena sabiduría y la constante ocupación de su espíritu. Los hijos de Dios deben poseer esta ciencia: *Nunca presumí entre ustedes conocer otra cosa que a Jesucristo, y a éste crucificado* (1 Co 2, 2). Esta ciencia se aprende en la escuela de Dios mediante la oración y los ejercicios de piedad y de virtud, y por el ejercicio de las obras cristianas" (OC IX, 331-332).

Pero también se aprende la ciencia del hombre, de sus pequeñeces y miserias y también y sobre todo de su grandeza. En la escuela de santidad lo estudiamos guiados por Juan Eudes. Pequeño y pecador nos presenta al hombre en la profesión de humildad, ricamente comentada en las meditaciones correspondientes (OC II, 73-130). Pero grande en el plan salvador de Dios, incorporado a Jesucristo, habitado por el Espíritu (Coloquios OC II, 131-195). Y una dimensión especial del hombre: la pobreza material de sus contemporáneos. "Pídele a Nuestro Señor que llene tu corazón de gran caridad y ternura para con los pobres, los forasteros, las viudas y huérfanos. Míralos como quienes te han sido encomendados por el mayor de tus amigos, Jesús. Te los recomienda frecuente y encarecidamente como a sí mismo y por tanto háblales con suavidad, trátalos con caridad y bríndales los servicios que estén a tu alcance" (OC I, 263-264).

Y también una ciencia del mundo y su destino, comprometido en la desgracia del hombre pero también rescatado con el hombre. Recibe del hombre la voz para alabar al Creador y el uso para cumplir su misión en el mundo y en la historia: servir al hombre en su misión temporal (OC II, 146-150).

Al ingresar a la Congregación san Juan Eudes preveía un tiempo fuerte de formación. Indicó en detalle qué debía estudiarse y practicarse: "Los misterios de nuestro Señor y de su santa Madre (pidió se aplicaran al estudio de las Reglas Latinas: las de Jesús y de María); el bautismo, la dignidad y santidad del estado eclesiástico, el pecado, las virtudes, destacando la humildad y la obediencia, la misa, la confesión, la oración..."(OC IX, 305-308). Cuando escribió al P. Manoury, formador y director de la probación, resumió el contenido de la formación en el aprendizaje y la práctica "del espíritu de nuestro Señor". Detalló este espíritu: "desprendimiento, renuncia a todo y a sí mismo, sumisión y abandono a la divina voluntad, conocida por el Evangelio y las Constituciones. Espíritu de puro amor a Dios que lleva a no hacer nada sino para

agradarle. Espíritu de devoción singular a Jesús y María y a los misterios de su vida... amor a la cruz, a los menosprecios, a la pobreza y el dolor. Espíritu de odio y horror al pecado. Espíritu de humildad y anonadamiento. Espíritu de caridad fraterna y cordial para los hermanos de la Congregación y para los pobres. Espíritu de amor, aprecio y respeto a la Iglesia. Espíritu de oración y piedad para hacer todas las acciones en el espíritu, es decir, con las disposiciones con que nuestro Señor realizó las suyas" (OC X, 394-395; Obras Escogidas 699-700).

Y en esta escuela una pequeña biblioteca: La encabeza EL LIBRO: LA BIBLIA. Privilegia el Nuevo Testamento y añade aquellos libros que hacían autoridad de espiritualidad en su momento: La imitación de Cristo, La imitación de Nuestra Señora, Vidas de santos, Luis de Granada, Francisco de Sales, y otros. Y fue añadiendo los que él mismo iba publicando (OC IX, 301-302).

NOVENO : EJERCICIOS Y TAREAS

Es propio de toda escuela añadir a la enseñanza los ejercicios prácticos. Las tareas y los deberes. San Juan Eudes, con el acendrado espíritu práctico que le venía de sus raíces normandas, fue encontrando los modos y maneras de llevar, a la experiencia de la vida, la enseñanza espiritual. Por algo el P. Milcent lo ha llamado "el artesano de la renovación cristiana en su siglo".

Como esta escuela dura toda la vida terrena, quiso que sin cesar hubiera una práctica, continuada y constante, de lo fundamental: la vida de Cristo en nosotros. Vida y Reino de Jesús es un manual de funcionamiento de la vida del creyente. Desde el despertar en la mañana hasta el descansar en la noche, identificada con todos los quehaceres que tejen la existencia, la presencia de Jesús se vive y se siente. "Sea que coman sea que beban, cualquier otra cosa que hagan, que sea todo para la gloria de Dios" (1 Co 10, 31). Sus intenciones y disposiciones, para tantas y variadas actividades del cuerpo y del espíritu, son indicaciones preciosas para dar realidad y vivencia cristianas a las diversas experiencias de la vida, en salud y enfermedad, el trabajo, el estudio, la conversación, la lectura, el comer, el descanso, etc.

Si pasamos la jornada unidos vitalmente a Cristo, san Juan Eudes nos invita a tenerlo presente a lo largo de la semana, del mes, del año, de los momentos claves de la vida. Para ello elaboró meditaciones y elevaciones propias para cada día de la semana, los 34 actos de amor a Jesús, verdaderos "ejercicios" para expresar las razones más íntimas y afectivas que nos deben mover a amar al Señor. Retrocediendo hasta nuestra entrada

al mundo y hasta nuestro bautismo nos lleva a hacer hoy los actos que entonces hubiéramos debido practicar. Y anticipando el final, nos hace vivir en plena lucidez, lo que en la hora de la salida de este mundo, quizás no en plena posesión de nuestras facultades, tendremos que hacer para entrar en el seno de Dios.

Especial atención se da en esta escuela a las virtudes. Como lo dice la palabra, ellas son fuerzas y dinamismos que el Señor obra en el discípulo para darle la imagen que de él quiere tener el Padre celestial. Las virtudes se aprenden, se meditan y se practican. Y ante todo se viven como presencia actuante del Maestro en el discípulo. ¿Hay virtudes privilegiadas en esta escuela? Partimos de la fe como primer fundamento de la experiencia cristiana, pasamos al desprendimiento que nos libera, nos adentramos en la oración que nos hace vivir el encuentro de adoración, de acción de gracias, de humilde reconocimiento del pecado, de entrega a la acción divina. Amplio espacio damos a la virtud de religión que nos hace descubrir la presencia de Dios en todo y nos lleva al respeto y la alabanza. Pasamos a la caridad, norma fundamental de esta escuela. Humildad y obediencia, pilares sobre los que se asienta nuestra familia. Luego, pobreza, castidad, sobriedad, modestia, sencillez, verdad y fidelidad en los compromisos, limpieza y aseo y finalmente la riqueza del silencio (OC IX, 175-291). Y en la regla de la Santísima Virgen María, se inculca además el temor de Dios, la esperanza y la confianza, la imitación de la comunidad de Jesús, María y José, el manejo de la economía, el amor a la corrección, el recto uso de la lengua, la aceptación del consejo fraterno, la paciencia y la mansedumbre, la fidelidad incluso en los detalles pequeños y el ánimo y fortaleza en el cumplimiento de la misión.

Pero hay un ejercicio mayor: compartir la vida misma de Jesús viviendo en nosotros sus estados y misterios. No sólo son objeto de contemplación. Son el más comprometedor desafío a la experiencia cristiana. Este recorrer en el espacio litúrgico de un año, la vida de Cristo, sus virtudes, sus misterios, pasando por el gozo de su nacimiento, lo doloroso de la pasión, y abismándose, anticipadamente, en la gloria de la resurrección es deber del cristiano (OC I, 310-336). ¿Hay un ejercicio supremo? Sí, la disposición para el martirio. Sentido en la vida a través de penalidades, renunciaciones y sufrimientos, y anhelado como suprema consumación del ejercicio cristiano (OC I, 284-304).

Es digno de observarse que todos estos ejercicios envuelven al discípulo en todas las dimensiones de la vida: lo personal y lo comunitario, lo que en apariencia es meramente humano, como la limpieza, pero que entre nosotros adquiere sabor cristiano. Y lo más elevado como las fundamentales virtudes de fe, esperanza y amor

que nos hundan en el misterio de Dios. San Juan Eudes nos invita a menudo a practicar "el puro amor de Dios". Es la disposición culminante del ejercicio. "Desposeídos, pobres de espíritu, renunciados a los consuelos, incluso divinos, en la kenosis más completa, aspiramos a ser invadidos totalmente por el amor de Dios. "Obrar en todo no por temor del infierno, ni por los premios del paraíso, ni para hacer méritos, ni buscando satisfacción y consuelo, sino para agradecerle a él únicamente. Por su gloria y su PURO AMOR" (OC I, 383; Obras Escogidas 246). Un ideal que nos hará ser alumnos perpetuos de esta escuela.

DECIMO : TRASPIES Y REVESOS

La experiencia escolar trae en ocasiones momentos amargos; retiro doloroso de la escuela, pérdida de un curso de una materia. En la *Escuela de Santidad* este encuentro frontal con *el Pecado*. En esta *Escuela* más que una doctrina es una experiencia de alejamiento y de regreso. Empieza por un humilde, desolador, reconocimiento del ser pecador. San Juan Eudes nos hace romper cada día, en la oración de la mañana, por la profesión de humildad: "*Nada somos, nada podemos, nada tenemos a no ser nuestros pecados*" (OC III, 274).

Hecha la experiencia del pecado San Juan Eudes nos invita a entrar en la consideración de lo que este acto representa en la vida cristiana. Nos sumerge en una meditación que busca hacernos considerar el pecado no desde nuestras complicidades sino desde la mirada de Dios Padre y del sacrificio redentor de Jesucristo (OC 111,196-200). El siguiente paso es entrar en los sentimientos del mismo Señor Jesús. "*Si estamos obligados a continuar en la tierra la vida santa y divina de Jesús lo natural es que nos revistamos de sus sentimientos. Pues bien, Jesús tuvo dos sentimientos diametralmente opuestos: un amor infinito hacia su Padre y un odio extremo al pecado que se opone a la gloria de su Padre y a nuestra salvación*" (OE 142 ; OC I, p.173).

Movido por este doble sentimiento Jesús se entrega hasta la muerte para manifestar su amor primordial al Padre y el rechazo absoluto del pecado; En este punto San Juan Eudes nos invita no solo a pensar los pecados, las manifestaciones catalogadas de nuestras infracciones a las leyes divinas, sino a encarar la raíz de esas manifestaciones. Esa fuerza poderosa, opuesta a la obra salvadora de Cristo y que busca hacerla ineficaz e inútil. La Palabra de Dios lo afirma simplemente: *El Pecado* (Ro 5, 12). "*Huye del pecado más que de la peste, de la muerte y de todos los males imaginables... Y evita también el pecado venial porque nuestro Señor derramó su sangre y entregó su vida tanto para borrar el pecado venial como el mortal*" (OE 145; OC I, 177). En esta lucha

todo pecado es importante y quebranta el amor del discípulo a Dios y hace desairar al amor de Dios al discípulo.

Como buen pedagogo san Juan Eudes nos enseña a batallar contra ese enemigo:

- 1) Huir las ocasiones
- 2) acudir a menudo a los sacramentos de reconciliación y de Eucaristía
- 3) De rodillas al amanecer, afirmarse en la lucha contra el pecado debidamente identificado, y en la tarde, pedir perdón y renovar las resoluciones
- 4) Profundizar la devoción a María, Madre Immaculada
- 5) La lectura de buenos libros que señalen el camino de la virtud
- 6) En casos especiales hacer un retiro espiritual en ambiente propicio
- 7) El amor a los pobres. La limosna rescata del lazo de los pecados. (OC. IV, p.278-281).

Tenemos el remedio: la presencia amorosa del Corazón del Señor. Es un don que el Padre nos ha hecho para esta lucha que envuelve santificación y salvación. *"Nos agracia con el de continuo porque su donación no es pasajera : Los dones de Dios son sin arrepentimiento (Rom. 11, 29)"* (OC. II, p. 270). Confiados en él, podemos rescatar con éxito los reveses ocasionales en la Escuela de Santidad.

UNDECIMO: EXAMENES

Toda escuela prevé evaluaciones, exámenes, "peligros" decían los latinos. También los hay aquí. San Juan Eudes preveía tres exámenes diarios: uno en la mañana, al pisar el comienzo del día, y lo llamaba de previsión (OC III, 272). Mirada sincera hacia la jornada que llega. Sabiendo por experiencia el momento y la ocasión de nuestra debilidades y fallas, prevenirlas. Y en la noche, recoger el día y mirarlo con la mirada de Dios, descubriendo sobre todo las infidelidades que nos son familiares. Confundidos y humildes pedimos perdón (OC III, 313).

Hay un examen valioso al medio día: el particular. Nos invita a contemplar los atributos divinos, los misterios y virtudes de Jesús, los compromisos, como objeto de contemplación, de seguimiento, e impregnación en la vida. No nos miramos en nuestra pequeñez sino que nos adentramos en Dios Padre, en Jesús-el Cristo, en el Espíritu y nos enjuiciamos desde esa luz. Habrá siempre espacio por invadir y camino por recorrer (OC III, 286-297).

Preveía además un examen extraordinario, anual, en el momento del retiro de cada año (OC III, 124-145). Exigente, detallado, basado en lo fundamental se prolongaba por los 10 de días del retiro. También para los que llegan a la Probación (OC IX, 295) y para terminar el primero y el segundo año de ese tiempo (OC IX, 317-319). Y en El Buen Confesor, por 66 páginas, repasa los compromisos generales y particulares de la vida, con miras a ayudar a una buena confesión (OC IV, 294-360).

No son exámenes angustiosos. Son los del hijo, de la hija, ante el Padre. Así lo previó en uno de sus exámenes particulares. "Alabemos y amemos a Dios, infinitamente amable y amado en sí mismo. Regocijémonos por haber sido llamados a contemplar y vivir este misterio de amor. Pidamos perdón por las faltas cometidas contra este divino amor. Ofrezcámonos a él, rogándole que extinga en nosotros todo amor que nos impida ser de su absoluta posesión" (OC III, 289; Oremos No. 31).

DUODECIMO: FINAL

Solemos asistir a las fiestas de graduación de los estudiantes. Esta escuela es especial. Durante la fase terrena no termina nunca. En este mundo nadie es ex alumno de esta Escuela de Santidad. Y todo porque el sublime conocimiento (Fp 3, 8) de Jesucristo es inagotable. El camino difícil de la santidad no tiene sino un final que es el desembocar en el misterio de Dios al consumirse los días terrenos. Lo sabía san Juan Eudes: "Mi Señor Jesús, ¿para qué necesitaría más ciencia, luces y consideraciones? Que mi espíritu se contente con este conocimiento, pero que mi corazón nunca se sacie de amar al que jamás será suficientemente amado" (OC I, 384).

CONCLUSION

La santidad que se aprende en esta escuela no es un adorno o aureola para exhibir sino un compromiso para vivir. Esta santidad no ensimisma al hombre para retirarlo de su compromiso con la historia. Por el contrario, lo lanza a ser testigo e instrumento de salvación para el mundo.

En su fuente, es la santidad del "Dios santo" la que lo impulsa a la creación, a la encarnación, a la salvación. Es la santidad de Jesús la que lo lleva a la muerte y la resurrección. Es la santidad del Espíritu la que lo impele a inundar el mundo con su perpetuo Pentecostés.

El fuego de esta santidad llevó a Juan Eudes a arriesgar la vida con los apestados, a liberar a los encarcelados injustamente, a formar sacerdotes según el corazón de Dios, a sostener y confortar a los pastores necesitados, a hablar a la poderosa reina con palabras de profeta, a dejar huella en el tiempo para bien de muchos a lo largo de la historia.

Esta santidad debe ser el anhelo constante de nuestro espíritu y el nunca terminado aprendizaje a los pies del Maestro, Jesús.

Llenos de esperanza podemos recordar ese pasado que tiene toda la capacidad de hacerse presente. Todo alumno se precia de la escuela en la que se forma. Alma Mater, madre que nutre y alimenta, la llamaron los latinos. Bien vale la pena estar matriculados en esta escuela eudista de santidad.